SU ORACION

La postrer claridad que ya fenece
El espacioso templo no ilumina,
Y una vision fantástica parece,
Vision angelical y peregrina.

¡Ella! . . . la miro. . . . sí. . . . puesta de hinojos
Ante la imágen de Jesus doliente! . . . .
Brilla el amor en sus divinos ojos,
La dulce paz en su tranquila frente.

Los pliegues de su luenga vestidura
Cubren cayendo la marmórea grada,
Y dejan ver su forma delicada,
Su lindo cuello y su gentil cintura.

Sus perfumes derrama el incensario,
Del humo se alza vaporosa nube,
Y su santa oracion en ella sube
Del Eterno hasta el místico santuario.

En alas de la fé remonta el vuelo
A otras mansiones de celeste gloria! . . .
Un recuerdo no más á su memoria,
Y vuelve entónces al impuro suelo.

Un recuerdo no más! . . . esa plegaria
Que entre el silencio de la paz profundo,
Y en medio de la nave solitaria
Es un ruego de amor por este mundo,

En vano quiere, cándida paloma,
De su pecho borrar como delito
Ese nombre fatal que lleva escrito,
Si á sus ojos el llanto luego asoma:

Nó, jamás; porque en medio á mis pesares,
Y lleno el corazon de su demencia,
Solo tú, mi esperanza y mi creencia
Puedes llevar al pié de los altares.

Solo tu labio puro y sin mancilla
Cantar puede al Señor el himno santo,
Que su ara al profanar en mi quebranto
Enmudezco doblando la rodilla.

Tú eres el ángel que á mi lado asiste,
Placer vertiendo en mis amargas horas;
La dicha pierdes si me miras triste,
Llorando me hallas si conmigo lloras.

Cuando vuelves á mí tus ojos bellos,
La pena deja el corazon amante,
Cual del fúlgido sol á los destellos
Huyen las sombras de la noche errante.

No ceses, nó, de presentar tu ofrenda
Ante el divino altar, grata y preciosa,
Porque el Señor á mi gemir atienda
Dolido de mi queja lastimosa.

¿Mas turba acaso mi mundano acento
Tu tranquila oracion? . . . tal vez mi lloro
Sacrílego, bañando el pavimento,
Indigno me hace del amor que imploro.

Basta, y adios, y en el silencio ruega,
Y sé feliz ¡oh vírgen! á tus solas;
De ese mar el bramido aquí no llega
Y estos muros jamás tocan sus olas.

MEDITACION

AL SEÑOR D. FRANCISCO MORALES.

Cual miramos perderse en lontananza
Altiva nave tras la espesa bruma,
Así muere del hombre la esperanza
Bajo el peso del tiempo que le abruma.

Y con ella las dulces ilusiones
De ventura y amor se desvanecen,
Cual en la noche fúlgidas visiones
En la sombra al tocarlas desparecen.

Las horas, y los dias, y los años,
Rodando pasan como la onda impura;
En el labio nos dejan la amargura,
Y allá en el corazon los desengaños.

Corriendo en pos de dicha y de placeres,
La loca juventud se precipita,
Y el fuego templa que su sed irrita
En los brazos de lúbricas mujeres.

Mas fastidio y cansancio encuentra luego
Y no el reposo y la quietud del alma;
Y á hundirse vuela con arrojo ciego
En otro abismo por gozar la calma.

Así consume en el delirio vano
De aquella edad la primavera hermosa,
Hasta que llega con su débil mano
A despertarle la vejez rugosa.

¿Qué mira entónces á la luz incierta
Que alumbra sus pupilas vacilantes?
Veloces se deslizan los instantes
Y al borde se halla de la tumba abierta!

¿Los encantos de amor dónde se fueron,
Y aquellos blandos deliciosos dias?
¿Los alegres amigos qué se hicieron?
Su algazara no se oye en las orgías!

¿Y en dónde están las fáciles rameras
De blando cuello y de rasgados ojos,
Que lindas, y graciosas, y hechiceras
Venden el beso de sus labios rojos?

Huyeron ¡ay! con el ensueño ardiente! . . .
Rotas las cuerdas del laúd sonoro,
Ni prados vemos, ni celajes de oro,
Ni de rosas ceñimos nuestra frente.

Las horas, y los dias, y los años,
Rodando pasan como la onda impura;
En el labio nos dejan la amargura,
Y allá en el corazon los desengaños.

II.

Su gloria y su grandeza
Así pierden tambien las orgullosas
Mansiones de riqueza;
Y caen de su alteza
Las eternas ciudades populosas.

Allí donde el humano
Levantar pudo hasta tocar el cielo
Alcázar soberano,
Se arrastra el vil gusano
Entre la yerba que brotó del suelo.

Sus muros derrüidos
Asilo dan á las voraces fieras,
Que mezclan sus rugidos
A los tristes gemidos
De las nocturnas aves agoreras.

Y los fuertes varones
Que habitaron la espléndida morada,
Y á sus claros pendones
Tuvieron las naciones
Que humillar la cabeza levantada,

En un rincon de tierra
Yacen envueltos con el polvo inmundo:
Su fama allí se encierra,
Cuando el clamor de guerra
Llevaron á los límites del mundo.

¿Dónde están las ciudades
De Ménfis, y Cartago, y Babilonia?
Son vastas soledades,
No existen sus deidades. . . .
Ni el bravo capitan de Macedonia!

Del uno al otro polo
Brilló de César la invencible espada
Y su laurel de Apolo. . . .
¡Un instante tansolo
Y se hundió en los abismos de la nada!

Al vencedor de Jena
Atónita la Europa sucumbia,
Besando su cadena;
Y luego en Santa Elena
En su angustia y dolor le escarnecia.

¿Por qué tras de la gloria
Corriendo van ansiosos los mortales,
Si espera á su memoria
Alabanza irrisoria
Y el olvido á sus hechos inmortales?

III.

Solo dolor, y pesadumbre, y llanto,
Halla el mortal desde la misma cuna,
Dolor en medio de falaz fortuna,
Y lloro amargo en el fatal quebranto.

Su alma sucumbe á irresistible espanto
Si la tiniebla le rodea importuna,
Y al vivo resplandor de clara luna
Sus memorias le roban el encanto.

Sarcasmo en nuestros labios la sonrisa,
Gemir, siempre gemir es nuestra suerte;
Mas la tumba que cerca se divisa

Dulce consuelo en abundancia vierte.
Huye el placer como ligera brisa;
No hay más que una verdad: esta es, la muerte.

Las horas, y los dias, y los años,
Rodando pasan como la onda impura;
En el labio nos dejan la amargura,
Y allá en el corazon los desengaños.

EL AMOR FILIAL

Idilio de Salomom Gessner.

DAMON Y CLIMENE

DAMON.

En la cima del monte no aparece
La luz del sol, hermana, todavía,
Y tú vas ya corriendo por el prado!...
¿Por qué tan de mañana, cuando apénas
La golondrina comenzó su canto,
Y el gallo saludó la nueva aurora?
¿Cuál fiesta tú preparas? ¿Díme, díme?...
¿A qué ese canastillo que de flores
Colmado llevas?...

CLIMENE.

Ni aguardar pudiera
En mi camino hallarte, hermano mio!
Soy feliz ¡oh placer! Y tú, responde,
¿Por qué te encuentro al despuntar el dia?
¿Qué buscas, dí, por el pensil ameno
Sufriendo la humedad de la mañana?
Yo he venido á cortar violas y lirios,
Y frescas rosas para ornar el lecho
De nuestros padres que tranquilos duermen.
Cuando despierten, respirando entónces
De aquestas flores el perfume blando,
¡Qué gusto sentirán, cuántas delicias!

DAMON.

¡Oh Climene! la vida no es tan dulce
Como tu amor!... En cuanto á mí, tú sabes
Que ayer cuando la luz iba muriendo,
Y el sol tras la colina declinaba,
Nuestro padre volvió desde el altura
Al valle su mirada y dijo luego:
"¡Cuánto placer sintiera el alma mia,
Si un abrigo allá abajo á los ardores
Encontrara del sol! Un emparrado
Con sus hojas y flores nos cubriera;
¡Mas sombra no hay aquí, ni puedo hallarla!"
Yo escuché sus palabras, y de pronto
Fingí desentenderme de su anhelo;
Pero hoy, como tú ves, al soto vine,
Y he preparado ya de verdes ramas
Entretejidas y robustos troncos,
La choza que mi padre hallar desea.
Tú guardarás silencio, dulce hermana;
No me descubras, pues, hasta que él venga
Y disfrute el reposo suspirado.

CLIMENE.

¡Qué agradable sorpresa, hermano mio,
Será la suya al descubrir de léjos
La nueva choza que por él hiciste!...
Yo me voy á llegar ántes que el sueño
Los abandone, y con ligera planta
Deslizándome allí, de aquestas flores
El lecho cercaré donde descansan.

DAMON.

Cuando sus ojos se abran recibiendo
El aire embalsamado de las flores,
Se mirarán entrambos, la sonrisa
Vagará por sus labios, y "Climene
Dirán es esta. . . . la amorosa hija! . . .
¿Dónde está que no viene á nuestros brazos?
Antes que el claro sol su luz derrame,
¡Ya piensa en aumentar nuestros placeres!"

CLIMENE.

Y tambien cuando salga, hermano mio,
Mi padre y mire tu amoroso obsequio,
"Yo me engaño, dirá; que ese emparrado
Ayer no estaba. . . . mi hijo solamente
Pudo hacerlo . . . . Damon! . . . ¡Dios lo bendiga!
Las sombras de la noche y su reposo
Procurar no le impiden mi ventura!"
Entónces ¡oh mi hermano! ¡nuestro dia
De delicias y gloria estará lleno!
Porque aquel que comienza de mañana
La virtud practicando, dicha solo
Halla doquiera, y brota de las flores
Para él salud, felicidad y vida.

LA NOCHE

HIMNO DE JOSE BORGHI.

A mi querido amigo el Sr. Lic. D. Alejandro Arango y Escandon.

Da su hermosura mágica
El estrellado velo
Desplega, y melancólica
La noche cubre el cielo.
El ganado no pace;
Todo en silencio yace,
Duerme la tierra, el mar.
Su luz cambiante y pálida
Despide áun la lucerna;
Hora de Dios las vírgenes
Alzan plegaria tierna;
Y por la playa quieta
El triste anacoreta
Se sale á suspirar.
Jóven gastó en los crímenes
La vida, é inhumano,
Profanando los tálamos
Ensangrentó la mano:
Al llanto hoy se abandona,
Y dice á Dios: ¡perdona!
Y Dios perdon le dá.

Feliz el que guardándose
En la inocencia pura,
De las tinieblas hórridas
No siente la pavura.
Cual niño sin pecado
Al lecho inmaculado
La frente inclinará.

Allí donde la música
Resuena entre las flores,
Y se habla en mesa opípara
De impúdicos amores,
Del lúbrico desmayo
Saldrán al primer rayo
Del venidero sol.

Ni en palacios espléndidos
Encontrará la calma
La juventud frenética
Atormentada el alma.
Que el ebrio enfurecido
No cobrará el sentido
Volviéndose al licor.

Mas si padre tiernísimo,
No viendo su malicia,
Áun das bienes al pródigo,
Yo adoro tu justicia!
Del fuego del infierno,
Del abandono eterno
Presérvalo, Señor.

Tristeza en el espíritu,
Profundo sentimiento,
Sueños de muerte, imágenes

De angustia y de tormento.
Así virtud inspira
Al que temiendo tu ira
Busca solo tu amor.

Enjuga ¡oh Dios! las lágrimas
Del pobre en su amargura;
Del potente la cólera
Conviértela en dulzura.
Y que siempre amorosa
Haga la casta esposa
Al esposo feliz.

Haz que la viuda mísera
Halle en el blando sueño
De sus penas el bálsamo;
Y no con vano empeño,
En su dolor prolijo,
Le pida pan el hijo
Que de hambre ve morir.

Y tú que por el cóncavo
Azul del firmamento,
Tendiendo el vuelo rápido
Vienes cual lobo hambriento;
Detente, sí, detente,
Que con el rayo ardiente
Y al grito del dolor,

La venganza terrífica
Te sigue en cruda guerra! . . .
Mirad. . . . es el patíbulo! . . .
Sangrienta está la tierra. . . .
Sangrientas ¡ay! sus manos! . . .
¡Oh Dios! eran hermanos
El muerto, el matador.

Del dulce amor el vínculo
No calma el odio impío!
Que por la Europa bárbara
Corre de sangre un rio.
Solo venganza y muerte;
Y aunque sangre se vierte
No nace la virtud.
De paz eres tú el Príncipe;
Dále la paz al mundo,
Y de tu gracia llénalo
Y de ese amor profundo.
Tu ley el hombre vea,
Y justo y blando sea,
Señor, como eres tú.
Yo te pido que el ánimo
Conserve siempre puro,
Así al sueño benéfico
Me entregaré seguro:
El alma no manchada,
Con la nueva alborada
Mi ruego te enviaré.
Mas si ya á la luz plácida
No se han de abrir mis ojos,
De aqueste lecho al túmulo
Pasando mis despojos,
Suceda el gozo al llanto,
De la victoria al canto
El himno de la fe.

A MI MUY QUERIDO AMIGO

EL SR. LICENCIADO

DON ALEJANDRO ARANGO Y ESCANDON.

EPÍSTOLA.

Huyen más presto de la edad primera,
¡Oh dulce amigo! los ensueños de oro,
Que pasa la florida primavera.

De bellas ilusiones un tesoro
Guarda el mortal en sus alegres años,
Para perderlas con amargo lloro!

Donde hallaba salud encuentra daños;
Y á sus ojos ya roto el denso velo,
Ay! del vivir contempla los engaños!

Brilla el azul del trasparente cielo
Un solo instante al resplandor del dia,
Cuando se viste de tristeza y duelo,

Y entre las sombras de la noche fría
La duda y el temor llenan de espanto
Al pobre corazon en su agonía!